

sostiene, que las aligera, y da flexibilidad á sus movimientos, vida á su rostro, calor á todas las partes de su organismo. El trazado, ademas, el contorno general asi del hombre como de las cosas, es siempre puro, majestuoso, noble, bello, en una palabra; que es decir que produce en el ánimo del que posee el sentimiento estético, aquella grata impresion, aquella fruicion no descrita, ni hasta ahora explicada.

Por lo que se refiere al colorido, Fortuny en esta época habia sorprendido ya á los amantes de la pintura con su brillantez extremada, su verdad inimitable, su frescura é inagotable riqueza, y á los pintores y á los críticos con las infinitos recursos, las osadías, las imprevistas soluciones en el uso de los colores, que le eran peculiares y son su mayor timbre de gloria.



XIII.

UEDE haberse notado hasta aquí, cuán frecuentes fueron los viajes del pintor, y cómo influyeron en su carrera, por la cual marchaba favorecido muy especialmente de la fortuna. Estuvo siempre en continuo movimiento, y cual un conquistador, siempre aclamado por donde quiera. Salido para Roma fué al Africa dos veces y dos regresó á España, al dar la vuelta para el punto de salida; dos más visitó Madrid, y otras tantas Paris, sin contar sus visitas á Sevilla, á Florencia, á Nápoles, y aun á otros puntos de Italia. Tocóle el turno á Granada, la encantadora ciudad, un tiempo emporio de una civilizacion que se llevaba tras si su fantasía de artista, sus deseos más ardientes, y á la famosa Alhambra, portento del

arte, cuyo estudio influyó aún en las de Europa. Llamábanle allí, como en su juventud al Africa, los hechizos de la naturaleza, y las maravillas creadas por su raza predilecta, y aún las cualidades típicas y curiosas de los que parecen hoy sus descendientes. Y más que esto, le llevó á Granada su pasión de coleccionador de objetos suntuarios, y particularmente su afición á las armas, y á la loza hispano-morisca.

El espíritu de investigación era en él muy vivo; su ansia de poseer, que iba creciendo conforme avanzaba en edad, abarcaba diversos ramos de las artes; armas, tapices, trajes, cerámica, joyería, muebles, manuscritos, ornamentos sagrados, cuanto podía servirle para la concienzuda composición de sus cuadros, para fomentar su gusto y erudición artísticos, y hasta enseñarle el mecanismo empleado por el artífice de lejanos tiempos en la construcción de tales preciosidades. Porque no se limitó á ser un *amateur* platónico. Su habilidad manual para toda suerte de trabajos era aptitud en él tan innata y privilegiada como la que tenía para pintar. Desde muy joven le hemos visto ayudando á su abuelo en sus labores de artesano. Un amigo suyo recuerda (1) que durante sus estudios en Barcelona, compró

(1) El distinguido pintor D. Tomás Moragas.

el pintor un arca antigua con embutidos y figurillas, y él mismo, dejando el pincel por el cincel y el escople, restauró y completó las que se hallaban mutiladas y dejó el arca como nueva. Así restauraba ó recomponía cuantos ejemplares caían en sus manos, necesitados de ello, labraba el marfil, grababa, forjaba, cincelaba, adamasquinaba el acero, se entretenía en dibujar y componer pomos y monturas con labores de orfebrería, con preciosos esmaltados. Y estas aptitudes mecánicas las empleó igualmente con éxito aún para sus obras, en la preparación de los lienzos y tablas, conocedor de todos los artificios convenientes al ejercicio de la pintura. Sabida es la historia del contratiempo ocurrido con la *Vicarta*; pintada sobre tabla, y cuando iba ya á terminarse, su autor sospechó la existencia de una polilla, y no vaciló en destruir parte del cuadro, trazando en él tremendo surco hasta dar con ella, y luego recompuso hábilmente lo deteriorado sin que fuese posible notar la avería. Aun á la misma pintura llevó su mecánica habilidad, y existe en cierto modo relación entre tales disposiciones, y su ejecución esmeradísima y primorosa, llena de sutilezas de la práctica, que valió á su género el dictado de *escuela de la mano*.

Durante su residencia en Granada, desde junio de 1870, donde ocupó primero la *Fonda de los Siete Suelos*, Fortuny empleó gran parte de su tiempo en sus dos

ocupaciones favoritas de artifice; la fabricacion de armas, y las repetidas tentativas con el objeto de descubrir el procedimiento empleado por los árabes para obtener los colores con reflejos metálicos en las obras de cerámica. Poseia un pequeño laboratorio; estudió los procedimientos químicos de ejecucion; trabajó sin descanso, con acierto é inteligencia, para lograr cuanto se proponia en éste y otros ramos. Las tentativas no fueron infructuosas; él mismo daba cuenta de ellas en una carta á su cuñado D. Raimundo de Madrazo, diciéndole que habia obtenido tres tonos «de un color y vigor que sólo se ven en pocos platos,» y no le parecia difícil llegar á la perfeccion en este arte. No dejó de ocuparse en él el resto de su vida, pues fué una verdadera pasion la que sintió por la original y exquisita ornamentacion de la cerámica hispano-morisca.

Idénticos esfuerzos de paciente y laboriosa investigacion empleó en descubrir los antiguos artificios para damasquinar, bruñir, nielar y dorar el acero, y con el mismo éxito realizaba ensayos de tal género que han sorprendido á los artifices y á los artistas; tales como el alfanje fabricado en Granada, y otro que dejó sin concluir. Del primero dice de Beaumont (1): «Este alfanje

(1) *Atelier de Fortuny.* — Imprimerie de J. Claye. — Rue de Saint-Benoit, 7, Paris. — 1875. — Armas y armaduras.



El Guitarrista.

morisco, digno del rey Boabdil, resume todo el arte y procedimientos de fabricacion que usaban en el siglo xv los espaderos musulmanes en la vieja ciudad de Córdoba. El hechizo, el carácter de rara elegancia, la caprichosa belleza de su forma, la hábil ejecucion de flores y arabescos que lo decoran, le prestan valor artístico notabilísimo que dobla el prestigio del nombre que se le une. En esta labor, esencialmente española, creada por una especie de amor á la Alhambra, Fortuny ha puesto no sólo gran parte de su talento, sino algo de su corazon. » Y habla luego de otra hoja grabada y dorada por el pintor valiéndose de antiguos procedimientos, resultado de sus investigaciones. Veremos más tarde el número é importancia de los ejemplares de armas y armaduras que logró coleccionar con el tiempo.

Admira realmente, y arguye desde luego génio y facultades á la altura de los elogios de que fué objeto, esta diversidad de ocupaciones y talentos del pintor, y su pasion y gusto manifestados durante toda su vida, en la busca y adquisicion de tantos tesoros. Cuando se le finge la mente instalado pacíficamente en la encantadora Granada, trabajador infatigable y concienzudo, pintor asombroso, espadero notable, alfarero á ratos perdidos, *amateur* el más feliz en sus hallazgos y en sus compras, trae á la memoria el recuerdo de

aquellos grandes artistas del Renacimiento que tampoco supieron limitarse al ejercicio de un solo arte, y en su pasión por la belleza desenterraban con afán los restos de antiguas civilizaciones.

Imaginémosle ahora rodeado de cuantos bienes podía ambicionar, tranquilo y satisfecho en Granada, donde pasó según confesión propia los días más felices de su vida, y por cuya ciudad sentía entusiasta y especial cariño, que le llevó a estudiarla y recorrerla palmo á palmo; imaginémosle desde allí, en activa correspondencia con sus admiradores, muchos y distinguidos, y en diversos y lejanos países propagadores de su fama, y si la bruma de la distancia le envolviera, como será algún día, se nos ofrecería su figura con excepcionales atractivos, como la del hombre en quien, por especial favor del cielo, celebraron estrecho consorcio el génio y la fortuna.

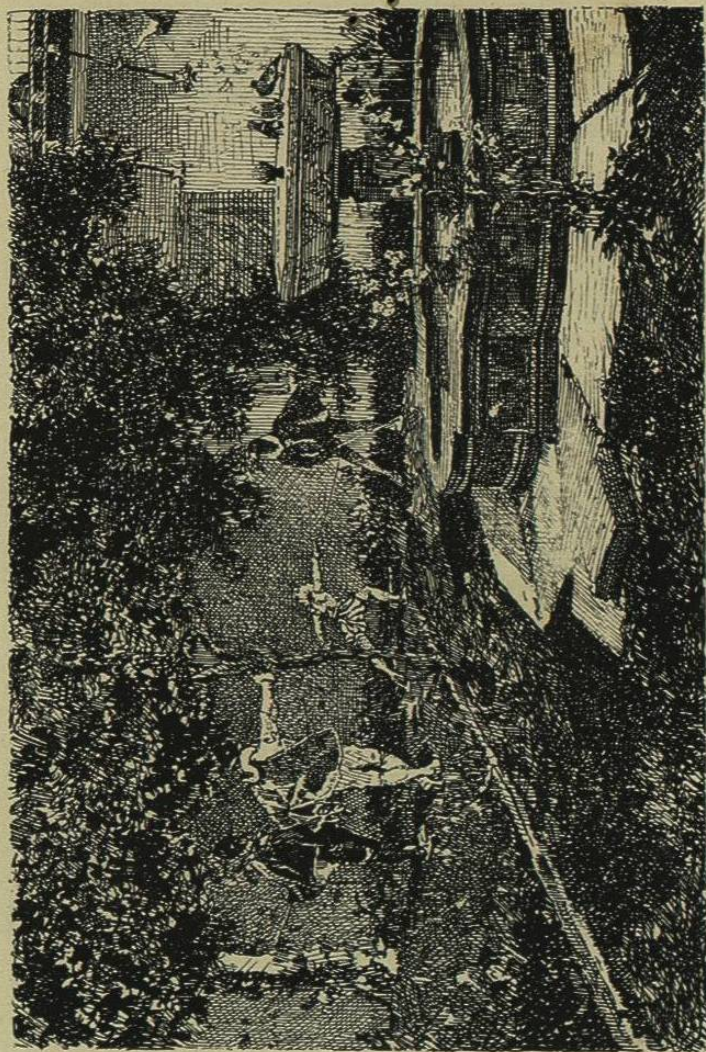
Su carácter privado, sin embargo, su natural retraído hasta la timidez, se oponían á que se le rodeara en modo alguno de semejante aureola. Sóbrio, prudente, juicioso y reservado, era de los que parecía no tener más pasión que el cultivo de la belleza. Él mismo se confesaba desprovisto de ingenio ameno, y Paris, que un día le mimó, pudo decir de él algo parecido á lo que dijo de Hume el filósofo; esto es, que había vaciado todo el caudal de su talento en sus obras, sin re-

servarse algunas migajas para la conversacion. En sus obras, que no en la vida ordinaria, se manifestaba su alma de artista, y había que buscarle en ellas, pues poco dado tampoco á teorizar sobre el arte, ni sus ideales ni sus aspiraciones alcanzaron otra forma, que la forma plástica que supo darles. Los pintores y escultores en general apenas conocen otra; para transmitir sus conceptos suplen con el dibujo su palabra. Fortuny acudía á él con propensión irresistible, y aunque las cartas que de él se conocen, publicadas por el Barón Davillier (1), no adolecen de defecto alguno chocante, interesarían, sin duda, mucho más los croquis á pluma con que las exornó, para ahorrarse detalladas descripciones. Cuando notificaba á algún amigo la posesión de un nuevo objeto artístico, se complacía en borrar un fac-simil del mismo al margen ó al pié de la carta. Esta suerte de dibujo le era tan familiar, que la empleó como el pincel, como el buril, como el lápiz, en obras tan bellas é inimitables como el *retrato* de Mr. L'Épinay, su amigo; el de su propia hija *mirando un pájaro muerto*, el *Torero*, el *Inválido*, el *Guitarrista* y tantas y tantas otras.

Por lo demás, estas mismas cartas revelan las menta-

(1) Obra citada.

das cualidades de su carácter con su naturalidad y sencillez, la precision y claridad de sus expresiones, sus conceptos concretos y positivos. Si por ventura manifiesta algún íntimo afecto del ánimo, lo hace con sobriedad. Ni habla de sí mismo más que raras veces, ni se trasluce falsa modestia antes mucha sinceridad, en la apreciación de sus propias obras, cuando da cuenta de ellas ó de sus proyectos. Bien es verdad que en la correspondencia publicada apenas se hallarán otras noticias que las referentes á sus trabajos y á sus adquisiciones, y si éstos no nos lo dijieran con su número, dicha correspondencia acabaría de inculcarnos la idea de que Fortuny fué sin duda alguna uno de los artistas de nuestro siglo, mejor hallado con su profesion y exclusivamente dedicado á ella con ardor y diligencia nada comunes.



La lección de esgrima. (FRAGMENTO).



XIV.

S conocido generalmente Fortuny como pintor en pequeño y amante apasionado del sol, opiniones ambas que corrobora, más que la obra realizada hasta aquí, la que empezó á realizar desde su residencia en Granada de fines de 1870 á 1872.

Creciente el ánsia febril de reproducir la naturaleza con mayor intensidad, desciende el pintor á minuciosos detalles ; las líneas adquieren la limpia y viva precisión con que aparecen en el cristal esmerilado de la cámara oscura ; de igual modo los más imperceptibles matices resaltan y vibran con el mismo vigor , pues, como resultado de esta finura y atildamiento , una observacion delicadísima produce nuevas maravillas,

y descubre en el natural mundos microscópicos de microscópicos tesoros. Alúmbrales luego el artista con raudales de luz, como poseído de una suerte de embriaguez de colores, aunque no así en todas sus obras, pues nunca se limitó el autor á un estilo exclusivo. Pertenecen á éste la *Vuelta al convento* (1871), el *Almuerzo* (1872), el *Almuerzo en la Alhambra* (1872), la *Lección de esgrima*, y varios preciosos estudios del natural, pintados también en Granada, como el *Gitano apoyado en un asno*, un *Estudio de gallinas* y otros y otros. Todos parecen copiados directamente por medio de la fotografía, y cuando ésta los reproduce sin color, se dirían sacados de la misma realidad. Basta conocer entre ellos el *Almuerzo en la Alhambra*; aun sin estas maravillas del color, sin las cuales es imposible formarse idea exacta de un cuadro, y menos de un cuadro de Fortuny, pues son alma, vida, idea y principal belleza de sus composiciones, aun sin el color, asombra la viviente verdad, la exactitud nimia y pasmosa de aquel conjunto, la gracia y animación de aquellas pequeñas figuras, que viven y hablan, y sonríe el alma en su rostro; aquel bardal y emparrado del fondo, sombreado y fresco, henchido de oloroso ambiente, cuyas hojas se cuentan, y comprueban el dicho de Cherbuliez, quien escribía que después de haber visto las que pintaba Fortuny, disgustaban



La lectura.

y parecían falsos y amanerados todos los árboles y hojas de los demás pintores (1). Y no es el menor encanto de este cuadro, tan bello y primoroso, el grupo de dos cabecitas angelicales, cuyos modelos fueron los hijos del pintor. Pero aún aventaja á éste, á mi juicio, la *Lección de esgrima*, episodio de costumbres del siglo XVI, que tiene por escenario un vasto jardín tapizado de verdura, con algunos árboles frondosos y un gran surtidor en medio, al cual rodean los altos muros de una casa con galerías, rejas, pasadizos y grandes aleros, cuya arquitectura en extremo pintoresca recuerda algunas descripciones de Becquer. Debajo del grupo de árboles de la izquierda, figuran cuatro caballeros ricamente vestidos, con sombrero á lo Felipe II, gola bordada, capilla, calzon acuchillado, medias de seda y zapato. Dos de ellos se adiestran en el ejercicio de la esgrima, y otros dos en pie les observan: otro á la derecha, sentado en sillón de cuero, absorbido en la lectura. La entusiasta exclamación «no hay más allá,» que arrancó á Carlos Blanch la *Vicaria*, podría repetirse aquí tratándose de ponderar las bellezas de dibujo de estas figuras que, aún después de haber contemplado con embeleso las de los

(1) Revue de Deux-Mondes. — 15 agosto de 1878.

demás cuadros, parecen inimitables por su movimiento, por su expresión, por sus elegantes contornos; y es muy difícil que la perfección que alcanzó Fortuny en esta época, y en este punto, sea superada en lo sucesivo.

He dicho que aquellos personajes pertenecen al siglo XVI. Hacia él dirigía entonces su mirada el artista, pues, como relativamente próximo, es harto conocido en sus más insignificantes pormenores, para que Fortuny temiera incurrir en la convención y anacronismos que rechazaba de un modo absoluto. Con los trajes y armas que de aquella época poseía, pintó al propio tiempo que las anteriores figuras otros dos preciosos cuadritos, el *Borracho* (1870) y el *Arcabucero* (1871), de factura absolutamente diversa de la usada en los precedentes y parecida a la de Velázquez. Porque Fortuny no seguía estilo propio y exclusivo en el manejo del pincel, y si pudieran reunirse en una sola galería todos sus cuadros, serían dignas de observación la diversidad y variedad de los procedimientos que empleaba, ya mostrándose nimio hasta la exageración, ya abocetando algunos fragmentos; ora extiende el color sobre la tela de un solo brochazo con lisura y trasparente limpieza, ora le amontona y lo arroja con desenfado. Así parece comunicar la vida y el sentimiento que mueve su mano, á las diversas partes de la obra.



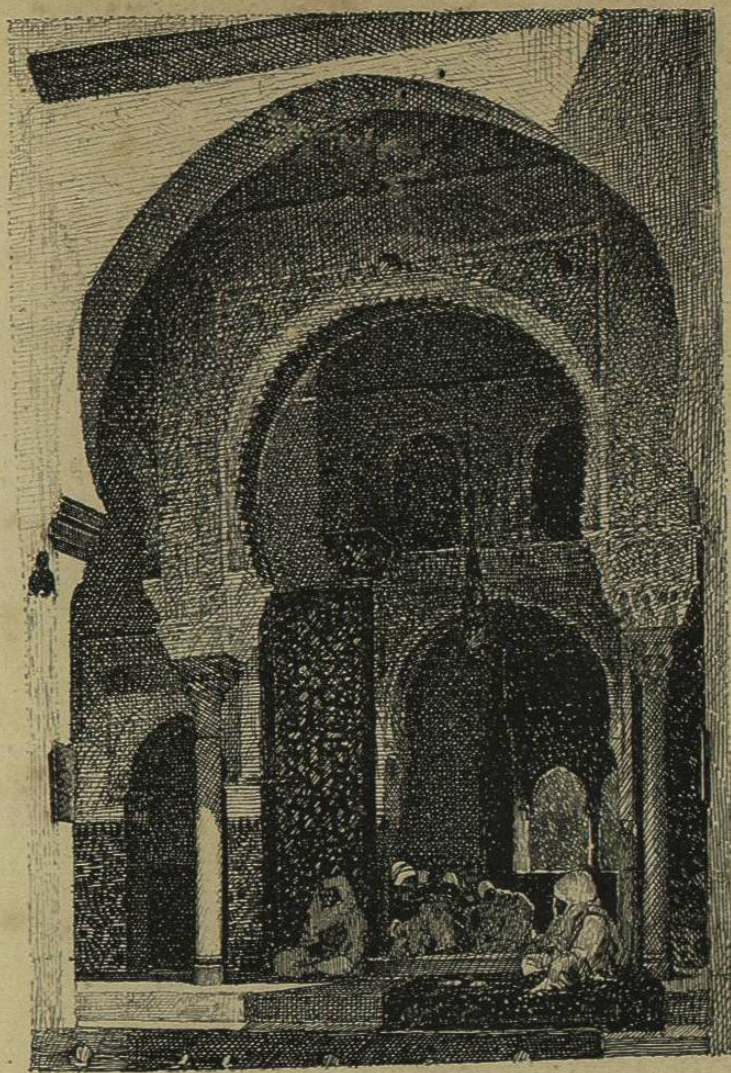
El borracho.

Así, con especial crudeza, acentúa la ruda expresión del rostro del *Arcabucero*, ó las entumecidas facciones del *Borracho*. Le bastan algunos toques vivos para animar las caras é iluminar sus partes salientes; sueltas y ligeras pinceladas para que resalte la rígida gola ó la leve pluma del sombrero, se ensanchan y extienden con franqueza en la parte delantera de la cota y van á confundirse con la amalgama de brochazos de la sucia pared y las sombras inferiores.

Siguió tambien pintando árabes y moros en Granada como en los primeros dias de su carrera artistica; mas ¡ cuánta diferencia en el modo de exhibir tales asuntos, y qué notabilísimo progreso en su estilo! Por ningun concepto puede compararse su *Fantasia* con el *Tribunal de Justicia*, ni presentan el mismo carácter sus primeras acuarelas, y la preciosísima que tituló la *Plegaria* (1871). Si le bastaba en un principio un simple albornoz, una pipa, una espingarda enmohecida para adornar con ellos la figura del moro soñoliento y pensativo bajo la sombra del capuchon, cuidó luego de vestirlos con mayor fausto y esplendidez, y ganaron en oropeles, pasando de los arcos sombríos, húmedos, é inmundas callejas de Tánger, á los afligranados y policromados patios de la Alhambra, que baña el sol. La ilustracion que Fortuny habia ido adquiriendo, el refinamiento de su gusto, con las mayores perfec-

ciones en la pintura, establecen tan notables diferencias.

El empeño característico de prodigar la luz, y la fascinación especial que con ella ejerce Fortuny en el espectador, pueden observarse principalmente en el *Amolador árabe* (1871) y en el *Tribunal de la Alhambra*, con la misma fecha. En esta obra el sol inunda francamente la escena, bate los blancos muros hasta deslumbrar con su reflejo, y proyecta graduales sombras, ora fuertes y recortadas, ora disfumadas y desvanecidas en el fondo, donde adormecen los tonos de los últimos términos. ¡Rara claridad, nunca con tal viveza lograda, asombro de muchos, maravilla con que Fortuny ha fascinado á sus contemporáneos, mas no de todos juzgada en absoluto digna de imitación, como hemos de ver más adelante.



El tribunal de justicia de la Alhambra.
(FRAGMENTO).